

Cinco epístolas*

Miguel Ángel Manrique
Profesor
Departamento de Humanidades y Letras
Universidad Central

A María del Pilar

1

Debo agradecer a Suertudo, su paciencia. Su amo, el traductor bostoniano D. W. Feeney, sentado frente a la pantalla de una computadora, había terminado la versión al español de cuatro cartas apócrifas, escritas en diferentes momentos de la historia, que narraban cómo se intentó salvar, para la humanidad, el San Mateo. Míster Feeney había venido a estas tierras, de las que no quiero recordar el nombre, para conocer mejor el idioma y descansar de varios años de intenso trabajo. Vivía en un apartamento alquilado, en el quinto piso de un edificio de los años cincuenta, en el centro de la ciudad. En una de las habitaciones, había acomodado una mesa de cedro, un deslucido sofá, unas sillas plegables y una pequeña biblioteca llena de diccionarios. Estaba acompañado de su perro, al que le urgía, pronto, un árbol y de su amigo el padre Sigüenza. Debo añadir, también, que era una soleada mañana de domingo.

He concluido mi tarea, comenzó diciendo Mr. Feeney, mientras acicalaba la cabeza del inquieto Suertudo, y ahora quiero ver el mar. Justo y necesario, respondió el sacerdote. Perdonará, continuó el traductor, que haya traicionado el estilo y la retórica original de los textos pero, comprenda usted, padre, tengo que ser fiel al lector contemporáneo, para eso me pagan. Póngase cómodo y escuche la historia de una pintura, obra de un temperamental, infortunado, pobre y marginal creador, en un mundo difícil, entre muchachos de la vida, prostitutas, gitanos, músicos y maleantes. De las cuatro cartas que traduje, aclaró, acercando la silla a la pantalla y acomodándose los lentes, poseo un original. Hace un tiempo, su heredera final, enterada de mi curiosa investigación, me hizo llegar en

* Este cuento forma parte del libro *Confesiones de un mutante*, Mención de Honor en el Premio Nacional de Cuento Ciudad de Bogotá convocado en el año 2002 por el Instituto Distrital de Cultura y Turismo.

unas fotocopias bastante legibles las otras tres. La más antigua la escribe y firma Sofia Orsi; un restaurador parisino de apellido Bonnemaïson, rubrica la segunda; y la princesa de Leignitz, Isabel, suscribe la tercera.

Sofía Orsi, relató el traductor, se apasionó por la vida del artista cuando intentaba salvarlo de la muerte. El azar, el amor y su deseo de saber qué había pasado, la llevaron a Roma. Allí pasó su juventud y envejeció administrando la galería de un famoso marqués. El padre Sigüenza escuchaba atento acomodado en el viejo sofá. Antes de morir, redactó un testimonio a un supuesto destinatario para contarle la verdad. Cien años más tarde, Bonnemaïson lo halló entre dos lienzos que habían sido cuidadosamente enmarcados para que parecieran uno. Lo habrá leído y, antes de poner fin a su vida, lo ocultó de nuevo en una de las telas con otro mensaje que había escrito. Un año después, la princesa de Leignitz, mientras contemplaba una pintura, encontró las cartas de la italiana y del suicida. Compuso una tercera y envió las tres epístolas a su amante, un oscuro duque toscano. Éste las heredó a sus descendientes. Uno de ellos, un inmigrante piamontés, atravesó el Atlántico, durante la época del *Duce*, y desembarcó en Buenos Aires con las tres cartas en los bolsillos. Allí se sostuvo durante un tiempo como corrector de estilo de una revista. Convertido en bibliotecario, probablemente las guardó entre las páginas de un libro y con el paso de los días olvidó el lugar donde las había puesto. Muchos años después, una mujer las descubrió por accidente, mientras hojeaba en una librería de viejo un manuscrito de los Diálogos de Carducho, y las compró. Cuando se enteró que yo estaba tras la pista del San Mateo, me comunicó que poseía unos documentos que revelaban la historia. Dijo que le interesaba que los tradujera, pero quería mantener su nombre en secreto.

Ya entiendo, dijo el sacerdote, cómo aparecieron en sus manos, y la última carta, preguntó. Un regalo de mi madre, respondió el traductor.

Desde que la
pintura estuvo en
su poder, el señor
Giustiniani se
encerró en su
biblioteca para
contemplarla. Me
nombró doncella
en el palacio. En
ocasiones me
pidió que lo
acompañara. Se
dedicó a estudiarla
y me enseñó a
entenderla.

Cierto día, llegó el correo a casa. Ella pensó que mi padre, que había ido a la guerra, por fin se había comunicado. Como no reconoció la letra en el sobre y la dirección no coincidía, supuso que el cartero se había confundido. Nunca la devolvió y nunca quiso abrirla. Mi madre no sabía alemán. Prefirió guardarla y olvidar el asunto. Yo la rescaté un día, mientras curioseaba en una caja de basura que ella iba a botar. Es tuya, me dijo. La firmaba una mujer llamada Ursula K. La conservé hasta cuando pude leerla. El alemán fue el segundo idioma extraño que conocí. Trabajando en una pizzería, aprendí el italiano. El padre Sigüenza encendió un cigarrillo. A mi edad, pensó, de algo habrá que morir. Afuera se escuchaba el rumor de los carros. El traductor se acomodó los lentes.

Epístola dirigida a M. contando la verdadera historia del San Mateo.

El falucho había zarpado sin él. Pálido, con los ojos hundidos, bastante delgado, corrió por la playa agitando un pañuelo con desesperación. Me contó que la guardia española lo había arrestado confundiendo con un criminal. Cuando lo reconocieron, lo dejaron en libertad pero ya la pequeña embarcación abandonaba la costa toscana. Tembloroso, con fiebre alta llegó a Porto Ercole. Días antes había embarcado en Nápoles, con la intención de llegar a Roma, huyendo de grandes problemas. Estaba muy enfermo. En aquella ciudad se había enfrentado borracho, ante la puerta de una taberna sospechosa, con unos expresidarios sicilianos que lo apuñalaron y le desfiguraron el rostro. Aunque lo creía muerto, lo recogí muy cerca de la playa de la Versilia, lo llevé a mi casa, lo lavé y le limpié las heridas. Él me miró con sus ojos furiosos, me dio las gracias por haberlo escuchado y se desmayó. Yo quedé enamorada.

La fiebre lo hacía delirar. Murmuraba cosas incoherentes. Salven al santo, decía, sálvenlo de ese infierno. Salven también al ángel, gritaba, sálvenlo del enemigo maltés. Estaba descalzo y traía puesta una indumentaria humilde, una camisa de algodón sucia y raída, un jubón viejo y ensangrentado, y los pantalones rotos. Esperaba que sanara. Solitaria y desposeída, no podía contar con la ayuda de ningún médico, así que corrí a casa de Aura, una anciana vasca que ya no se podía mover del lecho, para que me procurara alguna medicina. La vieja estaba postrada cerca al fogón, en un rincón de la habitación, tendida sobre costales de paja. Me arrodillé con los ojos llorosos pidiéndole ayuda y me susurró al oído, déjalo ir, hija, no se salvará. Pero provéelo de dulces sueños, agregó, para que se vaya feliz. Entonces me indicó un caldero. Una enorme rata gris husmeaba entre la basura. Corrí de regreso empuñando en mi mano unas raíces de belladona.

Preparé una infusión y quise dársela, pero él ya tenía la mirada perdida. Sobre la tierra había dejado escrito con el índice de su mano derecha las palabras: Giustiniani, Roma, Mateo. Huí de allí y quise saber quién fue ese hombre al que no pude salvarle la vida. Corrí de nuevo al litoral y fui al sitio donde lo recogí. Aún se veían algunas huellas y las seguí. Cerca

estaba la fortaleza española del Monte Argentario. Anduve toda la mañana y toda la tarde hasta cuando el sol dejó de mostrarme el sendero. A oscuras seguí buscando la historia de El pintor. Agotada, procuraba descansar unas horas a la orilla de los caminos, pero al amanecer continuaba mi búsqueda.

Nueve días y nueve noches me costó llegar al Lacio. Memorice las palabras y pensé que eran la clave de su muerte. Recorrí toda Roma preguntado por *il signor Giustiniani* y por *il signor Mateo*¹. La gente me miraba con extrañeza y sospechaba de mi deshonor. Exhausta, me senté en las escalinatas de una iglesia y lloré desconsoladamente. Poco después un hombre se me apareció, se acercó, se percató de mis ropas y dijo que no desdecían de mi belleza. Le conté mi aventura y prometió ayudarme. Entró a la iglesia y habló con un tal señor d'Arpino que salió a verme. Yo le repetí la misma historia, mencioné las tres palabras y me explicó que al único de los Giustiniani que conocía era a Vincenzo, el marqués, y, si yo lo deseaba, me llevaba a su palacio. Le agradecí al señor d'Arpino me llevara con el señor marqués. Y otro tanto quise hacer con el extraño, pero había desaparecido.

Como el palacio del marqués Giustiniani quedaba cerca fuimos caminando hasta allí. En estos campos, se jactó d'Arpino, quedaban los baños del emperador Nerón. Ya más tranquila, admiré la edificación. Las cornisas estaban adornadas con graciosos grotescos. El señor d'Arpino me presentó al marqués y se marchó. Dentro del palacio, el marqués me llevó a su biblioteca mientras yo me sorprendí de la magnificencia y lujo de aquel lugar y de las innumerables obras de arte que poseía. Al verme tan ensimismada el señor marqués me mostró algunas de las telas. Había dibujos como del natural, de lindo movimiento y actitud. Lienzos de muy florida y hermosa labor y luces. Hay aquí muchos cuadros excelentes, me explicó el señor marqués, y sería negocio largo hacer minuta de ellos. Se veía que al señor marqués le gustaba el arte antiguo y noble de la pintura. Le conté cómo había encontrado al artista en las costas toscanas, le comenté cómo había tratado de salvarlo y cómo había muerto. El señor Giustiniani no vio en ello nada contra natura, sacó de uno de los cajones de un escritorio, que tengo por maravilloso, dos escudos para dármeles y dijo que me fuera. Antes de partir, mencioné que, en su delirio, El pintor había gritado que salvaran al santo del enemigo maltés y el señor Giustiniani por fin halló la relación. Salimos del palacio y fuimos con urgencia a hablar con el cardenal Del Monte.

Nos dirigimos a la *Fabbrica di San Pietro*, cerca de la catedral. El cardenal Del Monte nos recibió y, enterado de la noticia, le aclaró al

¹ N. del T. La traducción mantiene algunos términos en italiano, francés y alemán de las cartas originales.

señor marqués que, hacía un tiempo, había contratado a El pintor, por cuatrocientos escudos, para que decorara con dos de sus telas el retablo de una capilla. El cardenal confesó que las vio terminadas y que, días después, una de ellas desapareció del lugar a donde fue llevada. Los óleos estaban dedicados a la vocación y al martirio de san Mateo. El cardenal admitió que tuvo una discusión con el artista porque el lienzo perdido, aunque magistral, oscurecía y turbaba el decoro y respeto debido a las imágenes sagradas. Según el cardenal, su creador dibujó influido por el astuto demonio que lo indujo a error. Las figuras, dictaminó, faltaban a lo útil, honesto y deleitable que debe representar el arte de la pintura. Estaba claro que, allí, concluyó, Dios no había sido el artífice.

El padre Sigüenza interrumpió la lectura para preguntar qué había suscitado la ira del cardenal. Los pintores italianos, comentó, aun los más prudentes, no le prestaron mucha atención al decoro. Prefirieron mostrar la valentía de su composición y dibujaron santos que quitaron las ganas de rezar a muchos devotos. El traductor añadió que, sin duda, los artistas se consideraban en aquella época meros artífices cristianos, y las imágenes no sólo debían mirar a Dios, sino al prójimo. El decoro, explicó, era el canon de conducta con el que las clases elevadas, que no tienen superiores, sometían a las clases inferiores. Esa tela, aventuró, fue, en este sentido, todo, menos didáctica. El pintor no se apegó a la letra. Entiendo la importancia de esta creación, prosiguió el traductor, y del hombre que quiso luchar contra de los tapujos y la solemnidad hipócrita de la iglesia, la nobleza y los comitentes, que prefirió vivir en las tabernas y morir en brazos de una supuesta cortesana. Que pintó a los santos como campesinos robustos e iletrados y a los ángeles como seres sexuales y sensuales. Era obvio, aclaró el sacerdote, que el clero conservador de la época no la aceptara. De hecho, acotó el traductor, algunos decretos, del famoso Concilio, sobre las imágenes sagradas, prohibían representarlas si no estaban sólidamente probadas por las escrituras. ¿Encontraron el San Mateo? Vincenzo Giustiniani lo halló, respondió el traductor. Paradójicamente, añadió, el día que los nazis se retiraron de Berlín, una mujer se lanzó al fuego para rescatarlo por cuarta vez. Simbólica representación, sugirió el padre Sigüenza. Suertudo no estaba acostumbrado a ladrar, sólo miraba a su amo con sus ojos de perro. Mr. Feeney se acomodó de nuevo los lentes.

El señor cardenal explicó al señor marqués que, antes del extravío de la pintura, se esperaba la orden de un tribunal eclesiástico para entregarla a las llamas. La última palabra, sin embargo, estaba en boca del cardenal Borromeo, que había enseñado al artista el camino de la religiosidad, la humildad y su tendencia natural a retratar la pobreza humana. El señor Giustiniani y yo quedamos intrigados. Si El pintor había logrado algo tan magnífico en esa tela, el señor marqués quería tenerla, así que nos dirigimos al lugar donde se hospedaba Jan, un ladrón conocido como el

Aterciopelado, para que la encontrara. El señor marqués no tenía demasiadas influencias en el Vaticano, aparte de su amigo el cardenal Del Monte, y temió no poder salvarla, si éste la descubría primero. Aun sabiendo que el cardenal era un gran estudioso y conocedor del arte moderno.

El señor Giustiniani no quiso arriesgarse y pidió al Aterciopelado buscara esa pintura. Jan investigó y, una semana más tarde, dijo al señor Giustiniani que la obra estaba escondida en el taller d'Arpino. Envidioso por la fama que había alcanzado El pintor, ofendido con los cardenales, que prefiriendo a aquel, le cancelaron los contratos para componer los frescos de la bóveda de la capilla, d'Arpino, valiéndose de un joven modelo, robó el lienzo. Entonces el señor marqués pagó veinte escudos al Aterciopelado para que lo robara de nuevo, obteniendo, no sólo cien años de perdón, sino la magistral tela del artista. En Roma se caldeaban serios asuntos. Tres días después encontraron el cadáver de Jan con una puñalada en el pecho. Al parecer, el Aterciopelado nunca mencionó para quién había hecho el trabajo. Todos dieron la obra por perdida. El joven modelo huyó a Venecia protegido por d'Arpino y cuentan que pereció ahogado en uno de los canales.

Desde que la pintura estuvo en su poder, el señor Giustiniani se encerró en su biblioteca para contemplarla. Me nombró doncella en el palacio. En ocasiones me pidió que lo acompañara. Se dedicó a estudiarla y me enseñó a entenderla. San Mateo estaba dibujado como un pobre anciano jornalero, vestido como lo requiere su edad y su oficio, escribiendo el Evangelio, acompañado de un ángel adolescente y mundano. Su rostro en escorzo excelente, venerable, hermoso, grave y lleno de espíritu verdaderamente de santo. La fuerza de los colores me cautivó. Aunque no entendía nada de pintura, estaba atraída por la naturalidad de los personajes. El señor Giustiniani, creyendo aun que la última moda la dictaban los trabajos de los manieristas, se percató de un descubrimiento: El pintor había logrado lo que ningún otro pintor había podido, ni siquiera d'Arpino, que lo intentó, imitar con gran realismo al hombre del pueblo, a la gente de abajo, sobre un fondo tenebroso.

Era un lienzo bien pintado que, según el señor marqués, deleitaba los ojos, recreaba la memoria, aguzaba y avivaba el entendimiento, apacentaba el ánimo e incitaba la voluntad. Le pareció, también, una imagen peligrosa, herética, y se estremeció. No hacía muchos años un filósofo había muerto en la hoguera por tener ideas contrarias. Me miró a los ojos y me hizo prometerle conservar el secreto hasta su muerte. Mantuvo oculta la tela por muchos años. Lloré emocionada y le pedí que me contara la vida de su creador, el hombre que murió en mis brazos y del que vivo enamorada.

Estuvo huyendo toda su vida, me refirió. Su carácter violento lo llevó a protagonizar una riña que le marcó la vida. En un duelo a espada, motivado por una apuesta de diez escudos en un juego, hirió a muerte a

su rival, y luego escapó. Probada su responsabilidad, se produjo la condena e inició una fuga que lo alejó para siempre de Roma. Lloré desconsolada. Siempre esperó que el Papa le otorgara la gracia. El pintor debía recibir la noticia oficial en boca de un cardenal, justo el día de su muerte. Los

El arte se volvió
político,
interrumpió el
padre Sigüenza.
El arte, aclaró
Mr. Feeney,
dejó de ser una
diversión, un
mero adorno
social. Se
transformó en
un instrumento
de gobierno.

señores de Malta lo habían honrado con la orden militar de caballería, por premio de su virtud y fatiga, como artífice famoso y aventajado en el noble arte de la pintura y el dibujo. Al enterarse de la doble deshonra, no sólo del crimen, sino también del indecoroso lienzo, promulgaron un edicto para destruirlo. Comprendí quién era el enemigo maltés.

Le prometí a Vincenzo Giustiniani, mi señor, guardar el secreto. Aprendí a tallar la madera para enmarcar las telas. Por mis manos pasaron grandes artistas. Entendí que los rústicos y otros hombres idiotas, y los mudos, ¿cómo se acordarían de Dios y de sus santos, si no viesen pintadas sus imágenes e historias en los templos? No todos saben leer, me explicó el señor Giustiniani, ni se dan a la lección. Por eso nuestros padres consintieron que se representaran sus enseñanzas en las imágenes. Antes de ocultarlo, por mis manos pasó el San Mateo. Antes de mi muerte, quise que se supiera la verdad.

*Sofía Orsi, en Roma, a 23 días de
septiembre de 1678.*

El padre Sigüenza permaneció callado y el sol comenzó a iluminar la habitación. Suertudo levantó la cabeza y paró las orejas. No fue San Lucas, preguntó Mr. Feeney, pintor de imágenes divinas. La referencia a San Lucas pintor, respondió el sacerdote, es un tópico habitual entre los escritores de la contrarreforma. Se puso de pie y se asomó por la ventana. La luz le alumbró el rostro trigüeño y la calva reluciente. ¿Qué sucedió con la muchacha? Ella, relató el traductor quitándose las gafas, siguió trabajando en el palacio hasta la muerte del marqués. ¿Y con el cuadro? La historia de esta obra, padre Sigüenza, tiene giros inesperados. La familia del marqués fundó en Roma, poco después, la galería Giustiniani. Sofía

Orsi, que entonces había aprendido mucho de arte, comprende que debe salvaguardar el secreto que la une con su amo, esconde muy bien la pintura dentro de otra pintura y oculta en su interior esta carta. Irónico, reflexionó el cura, que disimulara de esa manera esa obra maestra. Sofía Orsi, narró finalmente el traductor, murió a la edad de ochenta y ocho años. La familia nunca llegó a enterarse de la existencia del lienzo y la fiel ayudante del marqués pudo mantener el secreto durante doscientos años. Los descendientes de Giustiniani convirtieron su relación con esta mujer en una leyenda. Se habló de la prostituta toscana que mató al artista. Luego se dijo que el marqués la protegió por razones oscuras. Se inventó que llegaron a ser amantes. El cardenal Del Monte murió sin saber la verdad. D'Arpino tampoco supo qué sucedió con la pintura que había robado.

2

Cuatro siglos atrás, pensó el padre Sigüenza, la reforma había precipitado la caída de la iglesia de Roma como fuerza política, social, cultural y religiosa. Trento, un concilio de clérigos católicos, los separó definitivamente de los protestantes, pero modernizó la iglesia, creó la Compañía de Jesús e instituyó la Inquisición. Había una extraña semejanza entre esta historia, infirió, y los fundamentalismos del siglo XX, la Alemania de Hitler y las guerras políticas del Tercer Mundo. Mr. Feeney se levantó. Su altura anglosajona contrastaba con la altura hispánica del sacerdote. Fue al baño, pasó por la cocina, le preparó un té caliente a su amigo y se sirvió una cerveza. Suertudo lo siguió todo el tiempo. Cansado de leer en la pantalla, imprimió lo demás. El padre Sigüenza disfrutaba atento. La ceniza del cigarrillo reposaba en el piso de madera. Tengo curiosidad de saber, preguntó, qué pasó después con el San Mateo. Paciencia, decretó el traductor, esa parte de la historia la tengo aquí escrita. Mi padre, comentó, perteneció a las tropas aliadas que desembarcaron en Normandía. Cuando el ejército soviético llegó a las orillas del Oder, mientras los nazis claudicaban, mi madre estaba por dar a luz. Había quedado embarazada antes de que mi padre partiera hacia esas playas. Nací por esas fechas. Fui un niño solitario y mi madre se dedicó a enseñarme francés. ¿No es así, Suertudo? El perro, un callejero que Mr. Feeney recogió herido, movió la cola afirmativamente. El traductor se puso de nuevo los lentes. Esta carta está incompleta y va dirigida a la condesa de B.²

.....
compré, por orden del emperador, la colección Giustiniani. A la muerte del marqués sus descendientes heredaron su famosa galería de Roma.

² N. del T. En el margen hay una anotación manuscrita: *El texto que debería introducir esta carta, después de la dedicatoria, está en blanco en el original.*

Fueron en total cientocincuenta y ocho cuadros, muchos de ellos encargados por Vincenzo Giustiniani a artistas reconocidos. Quedé profundamente admirado de la riqueza que tenía ante mis ojos: veía telas firmadas por muchos maestros italianos. Pensé que estas obras agradarían no sólo a los viejos ideales revolucionarios, patrióticos y heroicos, sino a los anhelos políticos del emperador. Me había equivocado. Los viejos burgueses, sentimentales y cómodos, prefirieron las escenas bucólicas, antiheroicas, sensuales y confortables de los clasicistas. Robespierre quería un arte militante. Marat, que los héroes antiguos resurgieran de las ruinas. Recordé la historia de la joven reina, esposa de un rey, que mirando aterrada la pintura de un artista americano, vio en ésta el infortunio y la desgracia del reino y, poco tiempo después, éste fue destruido.

El arte se volvió político, interrumpió el padre Sigüenza. El arte, aclaró Mr. Feeney, dejó de ser una diversión, un mero adorno social. Se transformó en un instrumento de gobierno. ¿Y que sucedió con el San Mateo? No se adelante, padre, deje que el buen Bonnemaïson nos lo cuente él mismo.

Fui nombrado por Napoleón, a pesar de mis veleidades revolucionarias, director de las restauraciones de las obras que formaron parte del botín durante las guerras de la República y del Imperio. El emperador obtuvo de los territorios ocupados los recursos para la prosecución de la campaña y, al mismo tiempo, envió durante meses a París ingentes cantidades de dinero, víveres y objetos artísticos. Sobreviví al nueve termidor y al dieciocho brumario. Por lo tanto, fui el responsable de un sinnúmero de operaciones para modificar y estropear muchas pinturas que no gustaron al emperador. Nada de escenas bíblicas ni retratos cardenalicios, quería acción y heroísmo, quería que sus batallas y victorias quedaran grabadas para el porvenir. Aunque en el fondo el emperador era un romántico y un sentimental. Deseaba conquistar a María Luisa, la princesa austríaca, y me ordenó buscar un regalo para ella. Después de la entrada de los prusianos a París, Su Majestad Federico Guillermo acabaría con la comedia.

El bibliotecario creyó saber los gustos del emperador y me recomendó a los maestros italianos. Gracias a mis estudios en Roma, los conocía muy bien. Una noche me quedé trabajando en el museo revisando la colección. Muchas de las obras estaban deterioradas por la humedad. En un cuadro de gran tamaño noté la tela separada del marco, me acerqué para juzgar el daño y ver cómo podía repararlo. Me asombré de lo que estaba observando. En vez del simple lienzo, apareció uno doble. Los desprendí cuidadosamente y advertí otra pintura. Descubrí, también, pegada a la tela, una carta escrita en italiano, con buena caligrafía, fechada hacía más de un siglo. La leí. Contemplé la imagen durante una hora. Me pareció un buen regalo, aunque intuí que no era el más conveniente. Me cautivaron el relieve, el color y la iluminación de las figuras. Regresé

a mi casa con el San Mateo. Soñé con Sofía Orsi. Al día siguiente arreglé el obsequio para la princesa. Lo llevé a los talleres del Imperio, lo hice enmarcar, me vestí con mis mejores galas y pedí una audiencia con el emperador. Me recibió en su gabinete a regañadientes.

Napoleón lo miró por unos instantes y declaró que verdaderamente no era una imagen heroica. El regalo perfecto para la austríaca. Quiso interpretarlo como la representación de un viejo emperador aprendiendo de una joven princesa. Preguntó quién era el autor del trabajo y a qué época pertenecía. Obra de un pintor italiano, respondí, y, según la leyenda, murió de manera terrible, apuñalado por una ramera toscana, hace un siglo. Napoleón no quedó conforme con la respuesta y me hizo investigar la historia más a fondo, para impresionar a la princesa. Me enteré que el clero católico había dado la orden de quemar la pintura, pero ésta había desaparecido. Nunca mencioné lo de la carta. Sólo yo sabía la verdad. Supe de la existencia de Sofía Orsi. Supe de los rumores que alrededor de ella crearon algunos de los miembros de la familia Giustiniani. Inventé que mantuvo relaciones secretas con el marqués, que fue una ladrona y una oportunista, que le enseñó secretos sobre ciertas plantas, que satisfizo los más íntimos y perversos deseos del anciano. Llegué a decir, también, que fue una homicida.

Como lo sospechaba, la princesa María Luisa rechazó la pintura y se disgustó con Napoleón. Pagué cara mi elección. Con gran solemnidad el emperador me encomendó destruir el lienzo. Me gritó que, no lo olvidara, el primer requisito de un buen sirviente consistía en saber con claridad cuál era su lugar. Ese año, los prusianos entraron a Francia. Su majestad Federico Guillermo visitó, después de la guerra, el *Musée Napoléons*, en París. Quedó asombrado por su riqueza. Pensé en todos los museos saqueados de Europa. Lo impresionaron los pintores italianos y, sobre todo, el San Mateo. Lo quiso como regalo para su segunda esposa, la princesa de Leignitz. El rey se había maravillado tanto con las obras de arte, que decidió comprarlas y yo, clandestinamente, se las vendí. Cuando Napoleón se enteró del negocio me declaró traidor. No sólo me destituyó e hizo que me despojaran de mis posesiones, sino que me señaló el destierro. Hace unos meses, Su Majestad Federico se llevó por quinientos mil francos toda la colección Giustiniani que había conocido, para aumentar la colección de arte de la Casa Real.

Cuando se derrumbó el imperio, comenzó mi decepción y la de todo el pueblo francés. La desilusión se apoderó, poco a poco, de los espíritus. Hubo que devolver, a sus lugares de origen, la mayoría de los objetos de arte. Lamento que mi papel de factótum artístico del emperador hubiera terminado de esta manera. Estoy arruinado, soy un fracasado. Ha comenzado mi caída y he tomado la decisión de suicidarme. No hubiera soportado vivir fuera de Francia. Me atacó la melancolía, el pesimismo, el tedio. Una enfermedad indefinible e incurable me afecta. De mi vieja

posición ya no queda nada, todo ha sido inútil. Antes que el destierro, prefiero la tumba. Dejo como constancia esta misiva. Nadie es culpable. Soy el único responsable de mi destino. Adiós.

M. de Bonnemaison, París, 1 de abril de 1815.

Trágico final para este abnegado cronista, comentó el padre. No entiendo, preguntó, por qué se difamó el nombre de la Orsi. Suertudo abrió los ojos y se rascó una oreja. El traductor, bebiendo un sorbo de cerveza, conjeturó una posible venganza o la envidia familiar. El marqués la invitaba a su habitación privada, se quedaban encerrados largas horas conversando sobre pintura, qué pensaría usted padre. El sacerdote permaneció en silencio, reflexionando y probando el té. Que yo sepa, aclaró el traductor, Sofía Orsi no menciona detalles. Bonnemaison, en cambio, habló mal de ella para agrandar la leyenda. Estoy impresionado, comentó el sacerdote, por la actitud de los poderosos. Sus ganas de poseerlo todo son indescifrables. La pintura estaría hoy, adornando la pared de algún museo del Viejo Mundo. Lo estaba, agregó el traductor, hasta que comenzó la Segunda Guerra Mundial. Mr. Feeney se acomodó nuevamente los lentes.

Al recordado duque de S.

Lamento, querido Cesaro, que no hayas podido venir a la exposición de los pintores italianos. Imagino que debes estar disfrutando de las costas toscanas. Su Majestad, Federico Guillermo, es un sentimental. No pudo contener el llanto cuando se dio cuenta que la exhibición había sido un fracaso. Llegamos de París acompañados del zar Alejandro. La berlina atravesó la imponente puerta de Brandeburgo y se dirigió hacia el este, por la avenida, hacia la isla del Spree. Los caballos avanzaron por el bulevar y, unos instantes después, se detuvieron a la entrada del museo. Su Majestad hizo bajar inmediatamente el cuadro. Mandó llamar al filósofo y le pidió que pronunciara el discurso de inauguración, para abrir al público el nuevo edificio. La nobleza y la burguesía acaudalada fueron los grandes invitados. Vinieron de muchas partes del Imperio. Han expresado que no gustan de las imágenes religiosas y no quieren ver escenas de la Biblia ni hagiografías. Se han vuelto tan vulgares. Tal vez a Su Majestad se le olvidó advertirles quién manda. Hubieran opinado distinto.

Te confieso que se aburrí mucho. Pero la comida y la bebida les cambió el ánimo. En el fondo te felicito por tu descortesía, sólo te perdiste de verme. La exposición no tuvo mucho éxito por no acordar las pinturas italianas con el estilo de estos nuevos ricos. Me llamó mucho la atención el regalo que me hizo Su Majestad y quise contemplarlo. Como acabó la guerra y obtuvo la victoria, Su Majestad dijo que se había unido a la Santa Alianza. Es evidente que ha variado sus opiniones. Los asistentes, apoyados en el discurso del filósofo, dedujeron que ninguna de las telas encarnaba la idea y, por lo tanto, no eran verdaderas obras de arte. Su

Majestad los notó fastidiados y prefirió discutir con ellos asuntos políticos. Lo conozco y sé que le duele su orgullo prusiano. No hubo ningún cuadro que los conmoviera, me susurró. No quiero que piensen que soy un rey reblandecido, dijo, tienes que ayudarme. Aunque tiene muchas virtudes y es un hombre ordenado, Su Majestad es demasiado tímido y susceptible a influencias extrañas. Ordenó que se llevaran los cuadros y no quiso volver a verlos. Por un momento pensó en destruirlos, pero lo convencí para que los dejara expuestos en una de las salas del museo e irritar, así, el mal gusto de estos montañeses.

El arquitecto hizo un buen trabajo. El edificio es amplio e iluminado. Mientras los invitados se distraían en el vestíbulo, bebiendo champaña, atragantándose de caviar y *foie gras*, me dispuse a recorrerlo. Todo era nuevo, brillante y silencioso. Peregriné por las salas de la planta baja y me sentí extraña, como dentro de una enorme tumba. La historia de la cultura giró a mi alrededor. Fui de una sala a otra. En la primera, vi una máscara reírse de mi miedo; después, tuve la impresión de ver llorar a un dios azteca; más lejos, un relieve en piedra se volvió para mirarme; en una vitrina vi una ánfora sin vino; luego vi un vaso griego. En la siguiente, a la derecha, vi a Zeus clamando justicia. Frente a mí, vi a Ulises caminando por la playa; en la pared de la izquierda el colosal Júpiter dormía. Transité por la piedra, deambulé por el hierro, erré por el bronce, vagué por la plata, circulé por el oro.

Crucé el patio central en dirección a las escaleras para dirigirme a la primera planta donde estaban organizadas las pinturas. Conté noventa y nueve escalones. Exhausta, me encaminé hacia el ala norte, donde suponía, se encontraba la colección Giustiniani. Descubrí anunciaciones, vírgenes, niños, ángeles. Me encontré con bautismos, coronas de reyes, jueces, crucifixiones; más allá, admiré profetas, martirios, festines, monos, un perro. Atravesé un largo pasillo y vi a Venus renacer de la espuma; contemplé conquistas, santos, descendimientos, cabezas, autorretratos, natividades. En otra galería, escuché relinchar a los caballos; noté cuerpos desnudos, líneas, luces, concurrí a últimas cenas, aprecié falsos héroes, percibí una sonrisa, gocé la creación. Vi ninfas mutiladas, cupidos tuertos y retratos de extraños. Asistí a bodas, presencié guerras, entendí cómo se iban perdiendo los contornos, caminé en la oscuridad, advertí los relieves, las pinceladas, los colores. Vi a Adán y vi a Eva, y vi la mano de Dios que también era la mano de su artífice.

Mientras Su Majestad se dedicó a discutir sobre la idea con aquellas personas, me aventuré por estas salas para encontrarme con el San Mateo. Los cuadros estaban bien organizados. En orden de nacimiento, los autores. En orden de aparición, las pinturas. Finalmente, me hallé en el centro de un enorme salón. En una pared, frente a mí, entre dos amplias ventanas, un chorro de luz natural, que caía de arriba, lo iluminaba. Me cautivó el anciano, sentado en una silla de madera labrada, las piernas

cruzadas, las rodillas desnudas, vestido con una toga roja, sosteniendo el libro con su mano izquierda. Su mano derecha sostenía una pluma de ganso. No era un hombre letrado ni dueño de una gran biblioteca ni hábil con las palabras. Parecía más bien un hombre inspirado. Tenía la frente arrugada y la mirada de alguien que está muy concentrado. A su lado, el ángel, de cabellos largos, envuelto en un velo traslúcido, dejaba ver su piel suave y rosada. Ostentaba un delicado ombligo y apoyaba su cabeza sobre su mano izquierda. Con su mano derecha le ayudaba al santo a redactar la vida de Jesús. Posado suavemente en el suelo casi agitaba sus alas, enormes y blancas.

Estaba bellamente enmarcado. Me acerqué y lo observé mejor. Tenía buen colorido y buena perspectiva. El óleo había sido aplicado con fuertes pinceladas. Estaba finamente acabado. Palpé el marco, introduje mi mano, entre el cuadro y la pared, para sentir la tela por detrás. Qué pesado era. Entonces mis dedos rozaron con un pequeño envoltorio. Lo arranqué. Me sorprendí de encontrar dos cartas al respaldo del lienzo, una firmada por Sofía Orsi, en Roma, hace más de un siglo; la otra, escrita el año anterior por un tal Bonnemaïson, Dios lo perdone. Pedí a mi traductor y amanuense me las leyera. Me conmovieron las historias. Estuve de acuerdo con la opinión del marqués pues las figuras deleitaron mis ojos, recrearon mi memoria, avivaron mi entendimiento e incitaron mi voluntad. Te las envío, Cesaro, para que las conserves. Sé que tú aprenderás más de ellas que yo. Comprendí la importancia de ese lienzo que indignó y sorprendió a Su Majestad, mi marido. La obra es magnífica, sin duda, aunque no hubiera tenido en cuenta las razones del antiguo clero ni esté de acuerdo con las razones políticas de estos nuevos inquisidores. Un brisa fresca recorre la sala. Me siento en paz, querido mío. Lejos, se escuchan las risas de los invitados, las voces militares, la música, el golpe de los cristales. No entiendo aún a qué se refirió el filósofo con eso de la idea. Espero que nos veamos muy pronto. Tuya,

Isabel, princesa de Leignitz, Berlín, 20 de julio de 1816.

Qué amante tan generosa comentó, divertido, el padre Sigüenza. Suer-tudo se levantó y se quedó parado cerca a la puerta de la habitación. Los hombres modernos, expuso el traductor, quisieron ser ricos. Lo único que lograron fue producir, acumular y clasificar objetos, cosas, basura. El sacerdote explicó que, para ganar o conservar su estima, su honor o su reputación, a estos hombres no les bastó con poseer riqueza y poder. La riqueza o el poder, recordó, tuvieron que manifestarlos, porque la estima sólo se otorgaba ante su evidencia. Eso se llama ostentación, declaró el traductor. Pero he ahí, infirió el padre, una hipótesis que justifica la existencia de los museos.

Supe de Ursula K., en la universidad, cuando leí su carta. En ese entonces estudiaba lenguas germánicas. Parecía arrancada de un diario y la

envió a un tío exiliado en Norteamérica. Como usted recuerda, el cartero se equivocó en su entrega. Puede usted imaginar, prosiguió el traductor, la cara de mi madre cuando leyó en el sobre, Señor K. Calle Varick. No. 6. Boston. Massachusetts. U. S. A. Meses después, por fin recibió noticias de mi padre. Le envió de Berlín una hoja escrita a lápiz. Es lo único que conservo de él. Me causó curiosidad la extraña coincidencia que había entre sus palabras y éstas, que traduje, de Ursula K. A Suertudo no le quedó otra opción que comenzar a ladrar. Mr. Feeney se acomodó los lentes, otra vez.

Querido tío, espero que te encuentres bien de salud. Ahora pertenezco al Ejército de Salvación, pero aquí ya no hay nada que salvar. Los bombardeos de la Fuerza Aérea Real han destruido calles, fábricas, cosechas. Muchos pilotos ingleses han sido linchados por campesinos. Aquí en Berlín todos echan la culpa a los judíos. Los franceses se divierten como si estuvieran en París. Bailan, se embriagan y luego buscan a las prostitutas de la *Alexanderplatz*. Un ministro nazi reclama por radio, para la patria, todas las obras de arte. La abuela se negó desde ese momento a oír la radio, decía que quería morir teniendo dulces sueños. A la abuela le encantaba leer en el sótano, a la luz de una vela, en un pequeño sillón de cuero. Hasta que una bomba despedazó la casa. Mi amiga Ana dice, ebria, que la recogerá mañana de los escombros. Estoy muy delgada, las ratas, en cambio, se ven bien alimentadas.

La catedral arde. Los barrios arden. Los museos también arden. Me duele que los museos ardan porque de niña la abuela me enseñó a quererlos. La abuela decía que fue amante de Guillermo von Bode, director de la antigua Galería de Pinturas y durante un tiempo director general de

Palpé el marco,
introduje mi mano,
entre el cuadro y la
pared, para sentir la
tela por detrás. Qué
pesado era. Entonces
mis dedos rozaron con
un pequeño
envoltorio. Lo
arranqué. Me
sorprendí de encontrar
dos cartas al respaldo
del lienzo, una firmada
por Sofía Orsi, en
Roma, hace más de un
siglo; la otra, escrita el
año anterior por un tal
Bonnemaison, Dios lo
perdone.

los museos prusianos. La abuela le ayudó a ordenar la colección de arte, científica e históricamente, como se hacía con la colección desde los tiempos del rey Guillermo Federico. La Galería de Pinturas ahora se llama Museo Federico.

¿Recuerdas ese óleo que vimos colgado una vez en el museo Federico? La abuela me contó que fue obra de un gran artista italiano, asesinado brutalmente por una mujerzuela. Me explicó que el cuadro fue rechazado por la iglesia de Roma hace varios siglos y que no sabe cómo llegó a manos de Hitler. Te cuento que intenté salvarlo. Me envolví en una manta y corrí hacia la casamata de *Friedrichshain*, el barrio donde creciste. Desde lejos me gritaban que parara, pero seguí corriendo. Desde una ventana alguien me llamó rata gris. Pero yo no soy una rata gris. La abuela me contó que al empezar la Segunda Guerra Mundial las pinturas del Museo Federico fueron llevadas al sótano del mismo edificio. Después, con la guerra aérea, parte de la colección se trasladó a unas casamatas de la defensa antiaérea. Con la derrota ya previsible de Alemania Hitler da el orden de trasladar nuevamente las pinturas a lugares más seguros, en el oeste. Esto se realizó con buena parte de la colección, pero luego los transportes ya no pudieron salir de la ciudad. El dos de mayo capituló Berlín y el ocho, toda Alemania.

Vi al soldado ruso fumando tranquilamente dentro de la casamata, le faltaba el brazo izquierdo y el ojo derecho. Los bombardeos se escuchaban a lo lejos. El fuego se aproximaba. Yo quería morir, antes debía salvar la pintura, pero el soldado me pedía ayuda. Estaba recostado en un rincón. Me aproximé. Preguntó cómo me llamaba. No le contesté. El ruso me alzó la falda, se sorprendió de ver entre mis ligas una Luger. Es mejor que te dejes ayudar, le dije. Me quité el arma y la arrojé lejos. El ruso me dijo que pertenecía a una línea de vanguardia que cruzó el Oder. El fuego avanzaba rápidamente. El soldado reía a carcajadas. Rompí mi manta y le vendé el brazo. Con un pañuelo le anudé la pierna para que dejara de sangrar. Parecía no sentir dolor. Luego busqué entre el fuego y los escombros la pintura. Supe que en el sótano del museo Federico quedaban alrededor de mil cuadros. En la casamata de la defensa aérea de *Friedrichshain* quedaban más o menos cien marcos originales y como cuatrocientas pinturas. Los cuadros amontonados no me permitían buscar ordenadamente, así que lo dejé al azar. Finalmente lo encontré. En medio del fuego, vi al santo y vi al ángel. Quise salvar la obra pero un brazo me sacó con fuerza de las llamas. Era el soldado ruso haciendo su último esfuerzo. Déjalo, me dijo, no vale la pena, y se desmayó.

El fuego comenzó quemando al alumno, un viejo calvo, barbado y con unos enormes pies descalzos, llenos de polvo, que sostenía torpe un pesado cuaderno. Cuando el joven mentor, de rasgos delicados, dictaba la genealogía de Jesucristo, las llamas le callaron la voz. Su rostro, estuve tentada a pensar, se inclinaba más por el ocio y el hedonismo, que hacia

las lides de la enseñanza. La mano del ángel, que guiaba la mano del evangelista para enseñarle las primeras letras, se fue consumiendo muy rápido. Las arrugas del viejo también comenzaron a arder. Al fin, el libro, el Evangelio según San Mateo, alcanzó la temperatura a la que el papel se quema, y se convirtió en ceniza. Siento lo de la abuela. Tu sobrina,

Ursula K., Berlín, 16 de mayo de 1945.

El sol estaba a punto de llegar a su cenit. Quién iba a pensar, comentó el sacerdote, que el desconocido enemigo maltés encarnaría en Hitler, que el cuadro desaparecería inmolado en una pira... y que un hijo, interrumpió el traductor, no se enteraría a tiempo de la muerte de su madre. Para terminar, dijo éste, ceremonioso, sacando con solemnidad del bolsillo de su camisa una hoja doblada, la quinta epístola. Va dirigida a mi madre. Cuando era adolescente, le pregunté cuál había sido la suerte de mi padre, pues conservaba unos uniformes y un montón de medallas. Me respondió que papá no sólo había sido un héroe, sino un hombre con preocupaciones mucho más grandes que la guerra, y me entregó esta carta. D. W. Feeney miró al padre Sigüenza y se quitó los lentes.

Querida Mary, no te puedo describir lo terrible que es todo esto. Hay destrucción e incendios por todos lados. Desembarcar fue una gran tragedia, sobre la playa descansan los cuerpos de muchos compañeros. ¿Recuerdas a Salieri? Murió nada más pisar la arena. No quiero preocuparte con estas historias de sangre. Sabes que estoy aquí contra mi voluntad, así que he aprovechado el tiempo. ¿Recuerdas ese San Mateo con un ángel, en el libro de historia del arte? Pues un soldado ruso, tuerto, mutilado y completamente ebrio, me ha contado la historia de una mujer que se lanzó al fuego para salvarlo. Estoy en un café berlinés. Pronto estaré de regreso. Te ama,

Paul, Berlín, 2 de septiembre de 1945.

Estas palabras, padre, que guardo en la memoria, comentó el traductor, motivaron mi búsqueda. Suertudo seguía ladrando. Sobre la mesa reposaban media taza de té frío, una lata de cerveza vacía y una colilla. Ha trazado usted, dijo el sacerdote, un mapa espléndido. El traductor miró por la ventana y pensó en los fanatismos religiosos. El padre Sigüenza reflexionó un momento, se levantó calladamente del sofá, se despidió con un abrazo, deseó unas felices vacaciones y se marchó pensando en otros tipos de violencia. D. W. Feeney apagó la computadora, puso la correa a su perro y lo sacó a caminar. A mediodía, Suertudo orinó en un viejo urapán.

hojas Universitarias.....